

La búsqueda

- Pasá abuela, qué gusto verte, sabía que pronto vendrías, vení, abrazame.

Hacía tiempo que la muchacha no veía a su abuela. Había perdido todo rastro de ella cuando su tío la llevó de la ciudad por motivos de salud, pidiéndole a la joven vivir en la vieja casona y cuidar de las plantas y de los animales. Así mismo su tío se comprometió en enviar correspondencia con los datos del lugar donde localizar a la abuela; correspondencia que nunca llegó.

Raquel tenía muchas cosas en la cabeza como para preocuparse por aquella incomunicación; pensaba “ya recibiré noticias, debe estar muy bien la abuela”. Cada noche salía cerca de las 23 horas, asistía a lugares sombríos con amigos sombríos, y volvía cerca de las dos o tres de la mañana. Apenas podía meter la llave en la cerradura para entrar, y cuando estaba por dormirse sonreía dolorosamente pensando en qué diría su madre si le abriera la puerta y sintiera aquel olor a marihuana que percutía la ropa y la mente de su hija. Casi todas las mañanas Raquel llegaba con retraso al trabajo y ya no había excusas verosímiles que sirvieran frente a su jefe; el riesgo de perder su empleo aumentaba día a día.

Y por fin, después de varios meses, la inesperada presencia de la anciana indicaba que su salud era óptima. Pasaron al comedor. Raquel sirvió el té en la vajilla de porcelana más preciada de su abuela mientras le hablaba de sus salidas, de sus amores... todo a medias; pero había mucho de cierto en sus palabras, ya que la mujer mayor era de esas que saben escuchar sin prejuicios y que pueden dar un buen consejo. Raquel extrañaba contarle sus cosas. De modo que no sintió presión al explicar por qué estaba tan flaca, y por qué la mugre permanecía días en el aparador, y las moscas se paseaban sobre la mesada. Pero además la suerte no la acompañaba: los artefactos domésticos se rompían si razón aparente y todos a la vez; y su sueldo no alcanzaba para cubrir esos gastos; y la mala hierba crecía en el parque y en el jardín a una velocidad que parecía mentira; y ya gatos sobre el techo, y ratas bajo el parqué, se oían sin interrupción como gritos infernalmente amenazantes.

El entorno de Raquel no era bueno, y el clima en la casona se tornaba cada vez más oscuro. Hasta los sueños eran negros, negros y llevados en el cuerpo como una sustancia viva: en sueños veía y sentía dentro del cuarto el humo de los bares que frecuentaba, los delirios del alcohol, y mucha gente sin rostro y de cuerpos borrosos, que jugaba con ella disponiendo de la casa a su antojo: usaba su ducha, encendía el radiograbador, cocinaba, y reía con una risa

estruendosamente amarga. Raquel despertaba agotada, aturdida, y salía corriendo hacia la oficina.

- Pero quiero seguir en la casa, abuela, me gusta el lugar y sé que esto puede cambiar, Oh Dios, debería cambiar ¿no es cierto?.

- Claro que debe cambiar, pero Raquel, depende de vos, de tu fuerza interior; tal vez un profesional pueda ayudarte a resolver algunas cosas... Quedate, pero todo esto que pasa, que te hace mal a vos, también me hace mal a mí. Debe cambiar.

- Cambiará abuela, cambiará. Ahora, decime una cosa, ¿por qué el tío no se comunicó conmigo? Me preocupaba saber el estado de tu salud.

- Querida, como verás, estoy mejor que nunca. El tío mandó tres cartas y no recibió respuesta, yo estaba preocupada también y necesitaba una explicación, pero ahora entiendo que hubo algún problema del cual no supimos; deberíamos ir al correo para evitar que vuelva a suceder.

Repentinamente la abuela tomó las manos de su nieta y murmuró:

- Tus manos están pálidas, pero conservan su suavidad.

Se quitó del dedo un anillo que brilló como si el sol estuviera dentro e iluminó todo aquel espacio que a diario se veía tan oscuro; lo colocó en el dedo índice de la mano izquierda de Raquel.

-¿Para mí? ¡Qué hermoso es, gracias!

- Este anillo, Raquel, te protegerá de las cosas malas, sólo debés mirarlo, recordarme, y llenarte de su luz; ¡porque, ah, yo he puesto todo mi amor en él, querida!- la anciana había volteado los ojos hacia un costado y hacia arriba mientras recordaba algo que Raquel no conocía- Esta luz es mi luz y tal vez la necesites ahora.

Asorada por el tono místico de las palabras de la anciana, Raquel miró el anillo y se puso la mano en el pecho; luego cambió de tema:

- Abuela ¿Cómo te hallás en tu nueva casa?-.

- Me encuentro muy a gusto y acompañada por vecinos muy cordiales. Voy a venir a verte seguido, y si me precisás podés llamarme cuando sea, pero, ay, no recuerdo el número de teléfono ahora...En la semana vendré a traértelo, Sí. Ahora debo irme, son las siete y diez, y desde las siete me espera el chofer en la entrada.

Caminaron juntas hasta la puerta. El abrazo que se dieron parecía reunir todos los abrazos que entre una nieta y su abuela hay en el mundo. Raquel cerró la puerta y corrió al ventanal pero su abuela ya había atravesado el jardín. Volvió a mirar el anillo de oro y, fijando la

mirada pensativa en él, lo quitó de su dedo: “el ambiente que me rodea no es apropiado para llevar una joya tan valiosa”. Lo guardó en un almohadón con forma de estrella que funcionaba como adorno, y a la vez, como escondite de objetos de valor.

Al día siguiente la muchacha fue al correo y allí hizo las averiguaciones correspondientes descubriendo que las cartas que su tío había enviado nunca habían llegado a destino. Este desencuentro se debía a que el hombre escribía mal la numeración de la casa, y las cartas volvían al correo. Su abuela tenía razón: eran tres; dos cartas... ¿y un telegrama?.

Raquel hizo compras. No había en ella ningún apuro ni ansiedad por saber qué diría aquel telegrama; después de todo esa correspondencia hablaba de su abuela, y Raquel ya estaba informada. Cuando regresó a su vivienda observó que las persianas estaban bajas ¿es que al despertarse ese sábado no las había levantado, ni había abierto las ventanas para que el aire fresco ingresara?: “ ya se me confunden realidad y sueño, sí, en sueños yo abrí las persianas, y al despertar... ¿No desperté, que las ventanas me parecieron abiertas? ¿estaré volviéndome loca?”. En la semioscuridad los contornos de las cosas se tornaban tétricamente nítidos, abrió rápidamente: “basta”, quiso escuchar música pero el equipo de audio no funcionaba. Almorzó en silencio. No lavó la vajilla. La casa le parecía insoportable y ya se arrepentía de haberle dicho a su abuela que deseaba mantenerse viviendo allí. Salió sin rumbo y se acordó de una amiga que no veía hacía tiempo, así que fue a visitarla. Necesitaba despejarse, hablar de otras cosas, y eso hizo. Su vieja amiga seguía en el mismo sitio en que vivía desde hacía unos años. La recibió con gusto y charlaron y rieron.

Raquel llegó a su hogar a las diez de la noche y, esquivando objetos desparramados por el suelo, llegó a su cama y se acostó. La despertó el canto de los pájaros, un piar lejano pero de ecos crecientes; estaba muy cansada; se dirigía a levantar las persianas y tropezó con varios almohadones, entre ellos el de forma de estrella, lo tomó entre sus brazos y frunció el ceño, llegó hasta la ventana de la sala principal y alguien a sus espaldas pronunció: “Raquel ¿el anillo?” Raquel no se dio vuelta pero escucho pasos y un juego fantasmagórico cuyo juguete era el anillo: oyó al metal caer tres veces al piso, y las tres veces fue levantado por aquellas ánimas. Tenía miedo pero por fin Raquel podía conocerlos. Ellos formaban parte de su actual vida y no eran buenos.:

-¿Por qué juegan con mi anillo?

Una voz adulta respondió:

- Porque con él querés echarnos. Pero ahora es nuestro, andate, dale andate - todos, en un unísono grave, susurraron: “andate, andate”.

Raquel abrió las persianas y dejó al sol entrar. Revisó el almohadón y no estaba el anillo. Se tomó la cabeza y el almohadón cayó a un tiempo irregular; todo giró. Pero ya esos seres espantosos no estaban más. Fue al baño a lavarse la cara y tomó una aspirina.

En la cocina abrió las cartas. Abrió el primer sobre: su tío mandaba la dirección donde se alojaba con la abuela. Luego leyó la segunda carta donde con estupor que le provocaba náuseas la mujer observó cómo el hermano de su madre describía la enfermedad que la abuela atravesaba y pedía a su sobrina visitar a la anciana con urgencia. Con lágrimas en los ojos Raquel abrió el telegrama y leyó los datos del lugar donde su abuela había sido velada hacía ya un año.

Salió corriendo hacia la casa de su tío y lloró junto a él; pidió socorro también:

- Tío, cada vez estoy peor, es la vida insana que llevo, es el delirio y la agudeza de mi sexto sentido.

Su tío la escuchó atento y le recomendó:

- Un psicólogo amigo te ayudará. Su número es este- buscó en una agenda, anotó un número y se lo dio.

- La casa necesita cambiar también

Raquel se sentía con fuerzas para cambiar su vida y para ganar la batalla “en el mundo de los vivos los vivos llevamos ventaja”. Pidió a su amiga acompañarla durante algunas noches. Comenzó a pintar las paredes; cambió algunos muebles de lugar y otros los regaló para comprar nuevos; cambió hábitos: dejó de salir a las once, y aquella pasó a ser una hora de regreso a veces, y una hora de películas en la TV, otras; se propuso olvidar los cigarrillos y las bebidas; llegaba en horario a su trabajo; y asistía cada semana a una visita con el psicólogo. Estaba casi todo en orden; pero su amiga no podía seguir su ritmo saludable y de forma inconsciente trataba de llevarla a la vida de antes.

Pronto los comentarios de la huésped incentivaron a Raquel a acompañarla en aquellas fiestas, “aunque sea una vez cada tanto”. Sabía que no era conveniente pero se sentía tentada, y por eso aceptó una noche, y luego otra, y otra; y otra vez: risas, cigarro, humo; y por las paredes de la casa iba creciendo, cual enredadera furiosa, un gris plomizo. Hasta que un día su jefe no le perdonó tanto incumplimiento y Raquel perdió su empleo. En su lecho lloró por horas hasta que se quedó dormida.

A la mañana siguiente sintió los pájaros y despertó cansada. Pero al abrir la persiana del cuarto la noche ingresó en una bocanada oscura y maligna; era la noche y no la mañana, era el sueño en la vigilia, o la vigilia en el sueño; y el sexto sentido que siempre había tenido, al descubierto. Risas y voces roncadas detrás: “Raquel ¿cuándo te vas? Comprendé que perdiste”

Raquel no respondió enseguida, e hizo una introspección al centro de su alma, por que allí residía una fuente importante de fuerza. “No. Comprendo que no perdí todo lo ganado, y que no tengo miedo”. La inundaba una bronca desafiante:

-No me voy.

Se dio vuelta y ya unos pasos subían la escalera y ella detrás. Al llegar al entrepiso un destello de luz viajó hacia abajo: el anillo había sido arrojado, y ahora viajaba de un lado a otro, para aquí y para allá; jugaban con el anillo, y jugaban con ella. Se reían, se burlaban. Otros cerraban las persianas y las cortinas, otros tocaban los artefactos. Raquel bajó las escaleras. Estaba en el medio de todo aquel barullo satánico y se encogía cada vez más. Pero en el instante que las miradas extrañas querían devorarla se puso en cuclillas, se tapó los oídos con ambas manos, pensó un minuto, y sonrió.. luego se destapó los oídos, se paró, miró hacia el frente: “¿han ganado?” Muchas risas a su alrededor. Ella dijo en tono bajo “no” sonriendo y meciendo la cabeza; y las risas fueron mutando en gestos de desconcierto. Raquel dijo más alto “no”; aún algunos no entendían, entonces, con tono firme y fuerte gritó “Nooooooooo”. El anillo pasaba en cámara lenta por sobre su cabeza. Raquel saltó y abrió su mano izquierda a lo alto; el destello la traspasó; cerró el puño y lo llevó al pecho; miró su mano y vio que en su dedo estaba el anillo.

Dijo:

- Abuela, ganamos:

- Sí, mi nieta, ganamos.

Raquel levantó la persiana del comedor y se alejó unos pasos. entonces la abuela abrió las cortinas y se iluminó su figura, sonriente y hermosa:

- Tu fuerza interior ganó ¡porque sos fuerte querida!

Sonrieron la abuela y la nieta. El sol que entraba por la ventana desdibujó la figura de la anciana.

Cindy Mariens